

# SANCHO PANZA.

## PERIÓDICO FESTIVO.

Pag. 7.351



### PRECIOS DE SUSCRICION.

|             |           |  |
|-------------|-----------|--|
| MADRID.     |           |  |
| Un mes      | 4 Reales. |  |
| Trimestre   | 10 Id.    |  |
| PROVINCIAS. |           |  |
| Trimestre   | 14 Id.    |  |
| ULTRAMAR.   |           |  |
| Semestre    | 50 Id.    |  |

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en las librerías de Bailli-Baillere; plaza de Topete.—Gaspar y Roig; calle de Izquierdo, 4.—Durán; Carrera de San Gerónimo  
 De provincias se hará la suscripcion remitiendo el importe en libranzas ó sellos de correo, con sobre á D. Ricardo Orgaz; Carmen, 18, 3.º  
 No se servirá suscripcion cuyo importe no esté abonado.

### YA ESTOY AQUÍ.

Estaba solo y pensaba; ignoro lo que me preocupaba, pero interesante debía ser para mí, pues no habia sentido el ruido de la puerta cuando levanté maquinalmente la cabeza y me encontré frente á frente de un hombre mas ancho que largo, vestido con modestísima sencillez y de tan redonda cara como poco expresiva fisonomía.

—Sancho, amigo, exclamé, dando un salto en mi asiento, ¿sois vos acaso ó es sombra ó fantasma de nuestro antiguo ser el que ante

público que tan bien como justamente os ha tratado siempre.

- Es que yo no temia al público, que harto sé lo benévolo y justo que es.
- Pues á quién?
- Al lapiz rojo.
- Silencio, desgraciado, exclamé mirando si habia alguna rendija mal tapada.
- Es que ya no le temo!
- Valor se necesita!
- Es que ha muerto!
- El lápiz rojo?
- Sí!
- Luego...

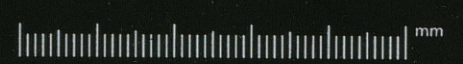
exhibicion un mes lo menos, pero estamos en tiempo de amnistía general y se olvidará nuestro pecado.

- Lo creis así?
- Lo creo.
- Pues echémonos á la calle.
- A la calle.
- Dios nos dé fortuna.
- Nos la dará en gracia á nuestra buena intencion.
- Una pregunta Maese Pedro, ¿con qué contais para nuestra presentacion?
- Con nada.
- Una idea, escribid nuestro programa.

colorchecker CLASSIC



x-rite



# SANCHO PANZA.

## PERIÓDICO FESTIVO.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

| MADRID.     |           |  |
|-------------|-----------|--|
| Un mes      | 4 Reales. |  |
| Trimestre.  | 10 Id.    |  |
| PROVINCIAS. |           |  |
| Trimestre.  | 14 Id.    |  |
| ULTRAMAR.   |           |  |
| Semestre.   | 50 Id.    |  |

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en las librerías de Bailli-Baillere; plaza de Topete.—Gaspar y Roig; calle de Izquierdo, 4.—Durán; Carrera de San Gerónimo  
De provincias se hará la suscripción remitiendo el importe en libranzas ó sellos de correo, con sobre á D. Ricardo Orgaz; Carmen, 18, 3.º  
No se servirá suscripción cuyo importe no esté abonado.

### YA ESTOY AQUÍ.

Estaba solo y pensaba; ignoro lo que me preocupaba, pero interesante debía ser para mí, pues no había sentido el ruido de la puerta cuando levanté maquinalmente la cabeza y me encontré frente á frente de un hombre mas ancho que largo, vestido con modestísima sencillez y de tan redonda cara como poco expresiva fisonomía.

—Sancho, amigo, exclamé, dando un salto en mi asiento, ¿sois vos acaso ó es sombra ó fantasma de vuestro antiguo ser el que ante mis ojos miro?

—En cuerpo y alma soy, estimado Maese Pedro, el mismo Sancho Panza que hace poco mas de un mes se atrevió á salir del olvido con la sana intencion de llenar sus alforjas.

—Mas cómo es que desaparecisteis tan rápidamente dejándonos á nosotros con un palmo de narices y al público con la gana de conoceros en esta segunda vida que en compañía de mi humilde persona y otros antiguos conocidos, pensábais gastar á semejanza de vuestro amo (q. s. g. h.) en desfacer entuertos.

—Ay amigo! largo es esto de contar, han ocurrido tantas cosas desde que no nos vemos.

—Pero qué cosas son esas?

—Pues qué no sabeis nada, Maese Pedro?

—Nada, Sancho amigo!

—Entonces voy á explicaroslo todo:

—Escucho,

—Empiezo. Sabeis que hace algun tiempo tuve la audacia, que audacia y no poca fué la mia, de prometer al público en un prospecto que dentro de algunos dias veria lanzarse mi humilde persona por esos mundos de Dios.

—Adelante.

—Sabeis que conté con todos aquellos que corrimos la primera parte de nuestra azarosa existencia excepto algunos que ó por la mala ventura de la pasada ó temerosos de la no mejor presente, no quisieron salir de la tumba á esta nueva vida.

—Y yo me comprometí á ser de la partida ofreciendo no solo mi humilde persona, sino mi celebrado retablo en el que pensaba sacar á relucir las no pocas farsas que en esta edad se representan en el mundo.

—Pues bien, despues de dar palabra formal al público de presentarme tuve miedo.

—No comprendo que os inspire temor el

público que tan bien como justamente os ha tratado siempre.

—Es que yo no temia al público, que harto sé lo benévolo y justo que es.

—Pues á quién?

—Al lápiz rojo.

—Silencio, desgraciado, exclamé mirando si había alguna rendija mal tapada.

—Es que ya no le tomo!

—Valor se necesita!

—Es que ha muerto!

—El lápiz rojo?

—Si!

—Luego...

—Ya se puede escribir sin miedo de hacer un viaje de placer á Filipinas, por haberse olvidado suprimir unos puntos suspensivos ó haber puesto una palabra subrayada.

—Pero delirais Sancho?

—Para que os convenzais de que no deliro, ved como ha cambiado un tanto mi persona, y decidme si creéis que habiendo lápiz rojo me atreveria á dejar á un lado la descortesía.

—Luego sois político?

—Un tantico!

—Y ¿pisaremos la palestra con olor, color y sabor?

—Y un tanto subido que detesto la moderacion y la libertad me entusiasma.

—Pero no por eso perdereis vuestro tradicional carácter?

—Nada de eso, siempre seré el mismo, y si bien me permitiré ser cortés, esto es, político, de cuando en cuando, no por ello dejaré de ser el escudero del celebrado Don Quijote de la Mancha.

—Brabísimo. Todos nuestros compañeros habrán aplaudido vuestro proyecto y se prepararán á ayudaros?

—Por desgracia no todos!

—Seremos menos.

—Y tocaremos á más.

—Lo cual quiere decir que tendremos que trabajar más.

—Trabajaremos.

—Pero será con fruto?

—Espero que si.

—Pero cuál era el temor de que me hablabais hace poco?

—Temo que el público nos rechace.

—El público es benévolo, y si procuramos, que si procuraremos complacerle, perdonará nuestras faltas hijas de nuestra inesperienza, y nos prestará su apoyo.

—Es que hemos empezado por faltarle.

—Cierto que hemos retrasado nuestra

exhibicion un mes lo menos, pero estamos en tiempo de amnistia general y se olvidará nuestro pecado.

—Lo creis así?

—Lo creo.

—Pues echémonos á la calle.

—A la calle.

—Dios nos dé fortuna.

—Nos la dará en gracia á nuestra buena intencion.

—Una pregunta Maese Pedro, ¿con qué contais para nuestra presentacion?

—Con nada.

—Una idea, escribid nuestro programa.

—Y cuál es nuestro programa?

—Criticar lo que nos parezca malo, alabar lo bueno, contentar al público y tratar de llenar las alforjas.

—Entonces es el mismo que ya disteis á conocer.

—Con muy ligeras variantes, esto es, que ya no tendré traba alguna y seré político ó descortés segun se me antoje y crea que pueda dar mayor contentamiento

—Entonces creo escusado repetir.....

—Escribid nuestra conversacion.

—Sea, pero el final es necesario que interese.

—Si... pues terminad con nuestro grito de guerra.

—Y cuál es?

—El de todo buen Español... ¡Viva la libertad!

—Pues buena fortuna y ¡Viva la libertad!

MAESE PEDRO EL DEL RETABLO.

### FARSA DRAMÁTICA.

Mi amistad con el Diablo Cojuelo data de antiguas edades, y merced á ella gozo de su apoyo en toda ocasion que á darme contento ó á favorecer mis planes mees suficiente; y tanto es así, que cierta noche oscura como boca de lobo, y neblinosa como alborada inglesa, en la cual ni el festivo Paul de Koc, ni el filósofo Moreto, ni toda mi escogida biblioteca bastaba á distraer mi endiablado humor; acordéme de pronto de mi buen aliado, y llamándole con toda premura compareció al momento á fuer de leal. Enterado de todo, respondió con presteza.

—Vente conmigo, y prometo divertir tu mal humor; é incontinenti sentime, arrebatado por su férrea diestra y la humedad

Pag. 7.351



Pl. VIII

de la noche mojé mi rostro. Seguimos así un breve rato, hasta que noté que descendíamos, y pude ver, si bien con dificultad, un edificio grande parecido á un templo envuelto en el silencio y la oscuridad. Nosotros seguimos bajando, y bien pronto salvamos la techumbre del edificio, colándonos dentro por transparencia y yendo á dar con nuestro cuerpo por unos largos y estrechos corredores, que á fé, que me recordaban los de la Colegiata de mi lugar. Al final de uno de ellos habia una puerta, la cual daba paso á una estancia lujosamente ataviada y llena de luz, preparada por las trazas, para algun festin ó cosa semejante. Acostumbrados mis ojos á la oscuridad por el trayecto que acababa de recorrer, no podia distinguir los objetos con precision, aunque si en su conjunto; íbame ya acostumbrando á aquel grado de luz, cuando sentí que una mano reposaba sobre mi hombro derecho; volvíme con presteza y hallé á un amigo de mi infancia, con el cual cesó mi trato así que hube entrado en edad más madura: era la hipocresía. Vestía mi amigo un traje morado, á guisa de túnica larga, y encima llevaba una capa de igual color, cubriendo su cabeza una monterilla redonda idénticamente morada. Habia envejecido algo desde que no nos veíamos, pero aun conservaba aquel aire maton y falsa afabilidad que me chocó un dia en que le ví blandir la alicantina por una morena de la calle de Embajadores. Llegóse á mí tendiéndome la diestra procurando reanudar nuestras amistades y llamarme á su partido; pero yo que en aquella ocasion no necesitaba más que noticias acerca del jolgorio que se preparaba, contestéle con cortesía aunque con severo ademán. Dijome mi antiguo camarada que iba á representarse una farsa, original de un ingenio de la corte, en la cual tomaba parte el autor, y la dueña de la casa, como igualmente un coro de vírgenes, para lo cual se disfrazarian las niñas de la misma, y algunas otras invitadas por el autor. Añadió que el título de la obra era *La Llave del coro*, y con esto, y dándome una segunda palmadita se separó de mí yendo á reunirse con un obeso jóven, de tipo italiano, ricamente vestido de satin negro, el cual, segun mis noticias, era su ayudante y consejero. Allí tambien, y entre la escasa concurrencia que pululaba por el salón, ví á un célebre médico que habia ido á cauterizar ciertas llagas de carácter maligno, para lo cual llevaba un gran libro de consulta que parecia un proceso, y habiendo desaparecido de mi vista este personaje, tomé el partido de sentarme para aguardar el festejo, entreteniéndome mientras en observar el local que á fé, que estaba bastante bien arreglado para ser la funcion de confianza sin pretensiones de loa; conociase á la legua que los sócios eran personas pudientes ó tiraban con pólvora agena. Los sillones eran de gutta percha, y formaba la embocadura del escenario una rica colgadura de terciopelo carmesi con estrellas de oro, algo parecida á las que adornan las naves torales de nuestras iglesias. En esto iba yo de mis observaciones cuando se alzó la cortina, dejando ver una decoracion cerrada figurando el coro de un convento; una anciana, disfrazada de religiosa, aparentaba rezar, si bien sostenia chanzas y carocas con el apuntador, el cual aunque procuraba ocultarse con la concha, no le lograba sino á medias, y se necesitaba ser muy tonto para no conocerle enseguida, por ser-

lo él bastante en la corte. Una puerta lateral del coro se abrió, y un hombre cuidadosamente envuelto en una capa entró en escena; se descubrió con coqueteria, despojándose igualmente de la prenda mencionada, y entonces pude ver su delicada figura y sus rubios cabellos: era el galán. La monja se levantó con presteza, y dió principio la escena siguiente, la cual copié taquigráficamente para juzgar con calma la produccion.

—¿Tú aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Mas que parece. Nuestros contrarios han armado una zalagarda que por poco nos cuesta cara.

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer, á pesar de mis reflexiones, obra sin juicio. Anoche, sin ir más lejos, quise darle un consejo amistoso, y me sacudió una *guantada*, diciéndome además, que no sirvo para eso. Yo quise portarme como un hombre... pero entró *Arnoldo*... y esto dispó mi furor.

—De modo que el mundo sabe nuestra falta; que nos acrimina. Pues si es así, ¿por qué me olvidas? Nuestro amor...

Nuestro amor, hija, pasó para siempre.

La vieja hizo un guiño, como diciendo:—Te veo venir.

Y á propósito (habla el galán), ¿sabes que son muy lindas las dos discípulas que en calidad de secretarias llevabas en tu último viaje?

—¡Te gustan!

—Muchísimo: quiero verlas

—¡Oh, esto es inicuo!

Vamos...

—¡Nunca!

Otra puerta lateral se abrió, saliendo por ella la hipocresía con dos jóvenes igualmente disfrazadas de religiosas; pero con unos ojos más alegres que las seguidillas de *Pan y Toros*. El galán, al verlas se animó, y dirigiéndose al hombre del traje purpúreo, dijo:—Bravisimo, mio caro.

Desde este sitio no pude seguir copiando la escena por hablar muy deprisa los actores, y no estar yo muy diestro en la veloz escritura; pero me acuerdo perfectamente que la monja acriminaba la conducta del mancebo maldiciendo la hora en que le habia entregado la llave del coro. Entonces, el galán, con un arrebató que le valió gran cosecha de palmadas de varios señores que veian entre bastidores la funcion, sacó el susodicho útil y le arrojó en medio de la estancia; pero el personaje del hábito morado que observaba en silencio las acciones de todos, sosteniendo guiños de inteligencia con alguna parte del público, cojió con disimulo la llave, diciendo en un aparte que escribiría una obra con aquel título para saludable enseñanza de la juventud, y dirigiéndose á entrambos protagonistas unió sus manos con evangélico tono y los amonestó á hacer las paces; verificáronlo así aquellos prometiendo: el galán, seguir en buena inteligencia con la monja y toda la comunidad y la hipocresía, constituirse en protectora del consorcio. Entonces, y á una voz de la religiosa, cambiósse la decoracion, apareciendo un rompimiento de arcos en una estancia preparada para un festin; al propio tiempo, una alegre *troupe* de religiosas invadió el escenario, rodeando al galán de los rubios cabellos, y entonando chispeantes canciones, y con esto, y unas boleras bailadas por la hipocresía, dió fin la farsa, no sin exclamar el héroe de ella:—Es-

to es vivir; adelante con los faroles. La cortina cayó rápidamente, y cuando volví la cabeza para ver si la concurrencia abandonaba el local, me encontré al lado de mi amigo Cojuelo, única persona que quedaba y que me condujo fuera de él. Una vez al aire libre me invitó á ver los alrededores del coliseo, y prometiéndome volver dentro de un rato, se alejó, segun me insinuó, á ver á las actrices. Solo ya, quise inquirir el sitio en que me hallaba, y pregunté á un chicuelo. Su respuesta me dejó helado. Estaba en Aranjuez.

Momentos despues, y gracias al poder de mi amigo Cojuelo, leia yo en mi casa de la corte, y con invencible estrañeza este rutinario párrafo del periódico oficial. La reina y toda su familia continúan en esta corte sin novedad, etc.

Era legitimo mi asombro en aquella ocasion. La *Gaceta* queria dar una guasa al público.

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

### III TRES CRUCES III

#### I.

Hoy es el dia de los difuntos; dia misterioso en que parece que los vivos nos aproximamos á los muertos por medio de la oracion y del llanto, y en que ellos parecen abandonar el helado silencio de sus sepulcros para gozar un instante de la dulce vida que perdieron para siempre.

¿Quién habrá que no tenga una tumba en que verter una lágrima, una lápida que cubrir de flores? ¿Quién habrá que no conserve un melancólico recuerdo de este dia?

De los muchos que hacen latir mi corazón, ninguno ha hechado en él tan profundas raíces como el que voy á referir.

#### II.

Sentados al amor de la lumbre que chisporroteaba en el hogar, pasábamos la velada de este dia unos sencillos labradores y yo en un pueblo de Castilla escuchando el monótono son de la lluvia que se desgajaba á torrentes de las nubes y el áspero silvar del desencadenado huracan.

En tanto que la cena, que con su esquisito olor abria nuestro apetito, iba condimentándose entre las áscuas, los circunstantes referian consejas que hacian estremecerse de miedo á los muchachos que se apiñaban junto al fuego.

Una anciana de respetable porte y de cabellos blancos como el copo de lana que hilaban sus descarnados dedos, comenzó con reposado acento la siguiente historia:

#### III.

Luisa, la niña de los garzos ojos, era la mas bella y la más pura de la comarca. Feliz vivia separada del mundo encerrada en su blanca casita, su sola dicha la cifraba en el cariño de su anciana madre.

Un dia su madre cerró por siempre los ojos á la luz del sol; Luisa quedó huérfana y sola.

Su único patrimonio fué una heredad que distante del pueblo y arrendada á un viejo colono, le producía lo necesario para una mezquina subsistencia.

Desde entonces, todos los días iba a depositar una lágrima junto a la cruz de madera que señalaba la tumba de su madre, cuando llegaba el primer día de Noviembre, cubría la sepultura de frescas flores.

La desgracia perseguía a la hermosa niña, una tarde el viejo colono llegó a su puerta pálido, convulso y con los ojos llenos de lágrimas... Un terrible incendio había arrasado la pequeña heredad, patrimonio de Luisa, el viejo colono y ella habían perdido toda su fortuna.

Luisa tuvo que trabajar, pero ¡ay! era tan débil, estaba tan poco acostumbrada a la fatiga que sufría horriblemente, y sin embargo, su trabajo apenas bastaba a sostener su desgraciada existencia.

A pesar de sus dolores nunca le faltaba el mas triste de sus consuelos, la mas santa de las alegrías, ningun día dejaba de verter una lágrima en la tumba de su madre, y esa lágrima parecía aliviar todos sus pesares.

Mas ¡ay! llegó el primer día de Noviembre, Luisa apenas empezó a teñir el sol el horizonte, corrió al cementerio, pero caminaba más triste que de costumbre, las dos perlas que otros días humedecían sus ojos, las había secado el dolor... La hermosa niña era pobre, tan pobre que no podía llevar un manojo de flores a la tumba de su madre.

¿Quién es capaz de comprender el dolor que sentía por no rendir al ser mas querido para ella tan dulce tributo?

Al pasar la verde senda que conduce a la mansión de los muertos, Luisa se detuvo, un aroma puro y fragante la hizo salir de su meditación. Pasaba por delante de la quinta del Marqués de H., allí había flores frescas y olorosas... Luisa se detuvo.

La puerta estaba entreabierta, la niña tembló un momento, una idea cruzó por su mente, y rápida pero temerosa, penetró por la verde enramada... Un momento despues iba a huir, llenó el negro delantal de purpuras flores, pero una fuerza vigorosa la detuvo, Luisa lanzó un grito y perdió el sentido...

Cuando volvió en sí, el Marqués de H. estrechaba entre sus manos las de la niña.... Luisa era ya como la blanca azucena que tronchó el huracan para mancharla en el lodo... Luisa había perdido su pureza.

Todo lo comprendió al ver al Marqués a su lado, dió un grito de horror, y huyó precipitadamente; la niña aun llevaba las flores en el delantal.

Su primer movimiento fué correr al cementerio... pero ¡ay! tuvo vergüenza de ir a la tumba de su madre... ¡La infeliz no sabia que si el mundo con harta injusticia no distingue el mártir del criminal, los muertos desde el otro lado de sus sepulcros ven la pureza de las almas que en vano trata de empañar el lodo de este suelo!

Al año siguiente se veían dos cruces donde antes había una sola... Luisa había sucumbido de vergüenza y de dolor... Luisa se había unido a su madre.

Un hombre mudo y triste cubría de flores ambas sepulturas, aquellas flores las regaba con lágrimas, lágrimas bien amargas, lágrimas de remordimiento.

Aquel hombre era el Marqués de H.

Mientras duró su amarga existencia, ni un día dejó de rezar una oracion ante las dos cruces del cementerio que cubría de besos y de lágrimas; cuando llegaba el día de los difuntos las flores mas fragantes de su jardín ornaban aquellas dos tumbas.

Algunos años despues, el día de difuntos se veía una cruz mas al lado de las de Luisa y su madre. El Marqués de H. había muerto.

En su testamento había ordenado la venta de todos sus bienes que pasarían a la posesión de la parroquia para que fueran invertidos en sufragios por las almas de Luisa y su madre.

Solo una propiedad había pasado a la Iglesia sin ser enagenada, era la quinta en que Luisa cortó las flores.—El día de los difuntos, todos los habitantes de la comarca entran a cortar las mas bellas flores que van a verter ante las tres cruces del cementerio. Despues vuelve a cerrarse su pesada puerta y nadie penetra en su recinto hasta el año siguiente.

## IV.

Calló un instante la anciana, las campanas de la vieja Iglesia doblaron lúgubremente, todos nos estremecimos y cayendo de rodillas murmuramos una oracion que el huracan llevó en sus alas hasta el cielo azul no sin haberse posado en las tumbas del cementerio.

A la mañana siguiente, cuando el sol que pugnaba por disipar las nubes que tanta agua habían derramado la noche anterior, asomaba por el horizonte, me dirigí triste y meditabundo al cementerio.

Allí, bajo la sombra de un melancólico sauce, distinguí tres toscas cruces de madera casi enterradas en una alfombra de místicas flores. Al llegar a ellas, caí de rodillas, dirigí al cielo una oracion y derramé una lágrima... Aquella lágrima cayó sobre la tumba de Luisa... Es la mas dulce que he derramado en mi vida.

## V.

Hermosas niñas, si al leer esta historia se conmueve vuestro purísimo seno, si os ha interesado... Verted una lágrima a la memoria de la triste Luisa.

ANGEL RODRIGUEZ DE CHAVES.

## A TERESA.

En una noche deliciosa y clara,  
Miraba el cielo azul;

Ví una estrella de luz brillante y pura,  
Y creí que eras tú.

Cantaban los Arcángeles del cielo  
La gloria del Señor,

Y entre las notas de su dulce canto,  
Creí escuchar tu voz.

La Pureza radiante de natura  
Hermosa, contemplé,

Y a la pureza de tu rostro bello,  
También la comparé.

Pero ni el brillo de la hermosa estrella,  
Ni el cánto halagador,

Ni todas las bellezas de natura,  
Trocara por tu amor.

R. ORGAZ.

## ROMANCE.

De un fresco arroyo en la arenosa orilla  
Que estrecha cárcel es para sus aguas,

Una espléndida flor, rica en aroma,  
El tallo esbelto en la corriente baña.

La juguetona brisa la rodea,  
Bebe el perfume que su seno exhala

Y volando fugaz por la campiña,  
Vá esparciendo do quiera la fragancia.

Diversas flores que natura injusta  
No les hizo merced tan señalada,

Envidiosas contemplan a la rosa  
De tanto brillo y esplendor avaras.

A ella le canta en melodiosos trinos.  
Tierna endecha de amor en la enramada

El ruiseñor que deslumbrado mira  
En una sola flor belleza tanta.

Todo cuanto creó naturaleza,  
Rinde tributo a su hermosura rara...

Mas pasa un día, los ardientes rayos  
Con que el brillante sol vida le daba,

Van ya dejando su corola mística  
Y al cáliz van robando ya su sávia.

En rugiente huracan ya convertida  
La brisa, que suave se mostraba,

Las delicadas hojas vá arrancando  
Y entre el polvo feróz las arrebatá,

Qué queda de la flor ayer fragante?  
Donde han ido sus hojas esmaltadas?

¿Dó en perfume delicado y puro  
Que la brisa llevábase en sus alas?

¡Sólo queda el recuerdo en la memoria  
De aquellos que sus gracias admiraban!

Tomé Cerejal.

¿Llévame querida; esta triste historia  
De mis desdichas es la mas amarga.

Como la flor que nace, tu cariño  
Fue para mí al nacer puro y sin mancha;

Envidia dába a todos la ventura  
Que con tu tierno amor feliz gozaba.

Mas vino el huracan de las pasiones  
Y tu cariño se llevó en sus alas;

Y la flor que mostrábase naciente,  
La casta y bella flor de mi esperanza,

Deshojóse, al perder de tu cariño  
La saludable, protectora sávia.

Tomé Cerejal.

Dicen que D. Carlos Marfori, ha puesto un magnífico establecimiento de pastelería, frente al palacio del Emperador de los franceses.

Lo que es por falta de carne, no le faltarán empanadas.

Escriben de París, que en aquella capital y en Roma, ha encarecido el incienso de un modo notable.

En cambio en España está casi de balde, porque solo lo usamos ya en las grandes festividades de la Iglesia.

Dícese que en París se vá a edificar un teatro que se titulará «Bufos Españoles.» Marfori será el empresario, y Sebastiano Braganzini primo tenor absoluto.

—Papá, yo quiero libertad de enseñanza.

—Y para qué hijo mio?

—Toma, para no estudiar.

—Entonces eres de la opinion de muchos.

Los neos empiezan a retraerse... ¡Qué fortuna!

La puerta del Sol el día 29 de Setiembre. Hombres y mugeres pisoteando una corona.

—A bajo los Borbones. Viva la Soberanía Nacional.

Un neo retirado del grupo y limpiándose una lágrima de ilusión!

Qué escándalo, qué horror, qué inmoralidad! Si hubiera inquisición terminarían los horrores.

—Para qué sirven los hombres dignos?

—Para ayudar a subir.

—Y despues?  
—Para recibir calabazas.  
\* \* \*  
—A dónde vas con ese fusil?  
—A cazar una credencial.  
\* \* \*  
—Dicen que va á salir el Padre Cobes.  
—Con los mismos colores?  
—Sí.  
—Pues atranca la puerta.

—¿Con que nos quitan la contribucion de consumos, y en cambio pagamos otra individual?  
—¿Qué ganga!  
—Eso me hace el mismo efecto que si el casero me bajase el alquiler de la casa, y el Gobierno me exigiese el exceso de alquiler.  
Cuestion de personas!

Que el purgatorio no existe  
Dicen más de cuatro tontos.  
¿El puchero de los curas  
Hirviera sin purgatorio?

—Diga osté compare, ¿y la comunidad de san Patrocinio piensa pedir el retiro?  
—Y pa qué lo necesita teniendo ia disoluta hace tanto tiempo.

En una reunion se hablaba de cuestiones religiosas, el que estaba en el uso de la palabra negaba obstinadamente la existencia de los espíritus malignos.

—¿Tiene Vd. suegra?—le preguntó uno.  
—No, señor, contestó, ni la he tenido nunca.  
—¡Ah! si la tuviera Vd. no seria tan incrédulo.

Por gustarle las mujeres  
No quiso ser fraile Juan;  
Sé fraile, si no es más que eso,  
Le dijo el padre guardián.

No te quiero pedir de ese tu lábio  
el beso embriagador,  
No te quiero pedir de tus cabellos  
el blondo rizo, no.

No te quiero pedir de esos tus ojos  
la mirada que me hace delirar...  
Que ¿qué quiero pedirte hermosa mia?...  
Solo una credencial.

Preguntaba un alférez á su asistente que habia estado en París una temporada.  
—Dí, chico, ¿á qué Santos se tiene devocion en Francia?  
—Mi alférez, respondió el soldado: allí siempre están hablando de *San Jusepe*, *San Complán* y *San Ceremoni*.

Por agradar á mi suegra  
De todo seré capaz:  
Hasta de ser neo-católico  
(Si ella fuese liberal.)

—¡Hola! D. Celedonio.  
—Muy buenos.  
—¿Qué es eso, hombre! ¿Por qué está Vd. tan cariacontecido?  
—Le parece á Vd. poco, ¿me han dejado ce-sante!  
—¡Cómo! á usted! antiguo liberal y hombre probó é inteligente y con 35 años de servicio.  
—¿Qué quiere Vd. Como no he sido ni periodista siquiera...

Susúrrase que se trata de suprimir el Conservatorio de Música y Declamacion.

Si es cierta esta noticia y se efectúa la supresion de aquel establecimiento, quedarán quinientos ó seiscientos jóvenes sin carrera habiéndose dedicado á un arte nobilísimo, sin recursos para costearse un maestro particular, porque casi todos sen muy pobres, y sin edad á propósito para emprender nuevos estudios.

No comprendemos el perjuicio que estos jóvenes pudieran haber causado al país, como no fuera la gloria que proporciona siempre á toda nacion el estado floreciente de cualquiera de las artes superiores.

## HISTORIA DE UNA LÁGRIMA.

(Memorias de los veinte años.)

—¿Por qué lloras, querida mia? ¿Por qué empañas tus ojos con esas lágrimas que entibian tu belleza? ¿Qué tienes? Cuéntamelo todo.

Mi esposa nada contestó.  
Procuró desprender una sonrisa que me halagase y no pudo.

Fijó su vista en mí, y puso en mis manos un papel.

Yo debí palidecer.  
Sentí que mi corazón se oprimía, y una horrible sospecha pasó fugaz por mi pensamiento, martirizándome de una manera horrible.

Pero nó; mi esposa era un ángel.  
Mi esposa no era capaz de engañarme.

Aquella carta... ¡Dios mío! Sin abrirla aún parecia ofenderme, segun mi modo de pensar, y al mismo tiempo una idea vaga, un pensamiento misterioso, pretendia acusarme de las lágrimas de mi esposa.

La miré... ¡Lloraba!...  
Quise estrujar el billete entre mis manos, y mi vista se fijó en él.

El sobre tenia un nombre escrito...  
¡Elena!

Y este nombre no era el de mi esposa. Era un vago recuerdo. Era quizá una imagen del pasado; pero ni un solo destello se presentó á mi vista; ¡Nada recordaba!

Rompí la oblea que sujetaba el sobre y devoré con mis ojos su contenido. Solo habia una cuartilla de papel escrito; decia así:

«Una lágrima fué la causa de mi desventura!  
¡Una lágrima fué la causa de mi felicidad!»

—¿Qué misterio encerraban aquellas palabras?  
—¿Quién las habia escrito?

Yo. Sí, yo las habia escrito; estaban de mi letra.

Pero, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué motivo las escribí?

¡Nada recordaba!  
No parecia sino que un velo espeso y tupido se habia colocado entre mi inteligencia y mi memoria.

Sin acordarme ni de lo que entonces existia, ni de aquello que me rodeaba, ni de mi esposa querida, en fin, corrí á mi cuarto precipitadamente, abrí los cajones de mi mesa, revolví los papeles que contenian, los armarios, los libros, todo lo miré, sin que pudiera encontrar ni un solo indicio de aquellas frases trazadas por mi mano.

Y ¿por qué las habia escrito?  
¡Dios mío! yo me volvía loco, ó era un sueño todo lo que me rodeaba.

Caí por fin en una postracion al lado de mi esposa que me consolaba con sus lágrimas, porque eran ellas el eco de mi sentimiento

Me sorprendió la noche, y el sueño dominó por fin, las fatigas de mi espíritu.

A la mañana siguiente y apenas el sol empezaba á desprender sus rayos purísimos de plata y oro, sentí que un dulce murmullo hacia entreabrir mis párpados.

Era la voz de mi esposa que leía delante de mi mesa.

Una idea vaga parecia desarrollar mi inteligencia.

Me incorporé sobre la butaca donde habia pasado la noche y escuché.

Mi esposa leía un pequeño cuaderno cuya existencia yo no debia ignorar.

Era el primer recuerdo para mí.  
Escuchad como yo escuché.

### I.

Como aurora sonriente que aparece en las primeras horas del dia, sin duda para repartir sus brillantes colores sobre las rosas y jazmines que la sonrien y saludan: como el pajarillo lisonjero que pretende adornar los encantos de la naturaleza con sus primorosos gorjeos; como la sencilla mariposa que vuela y juguetea, ya entre el pensamiento melancólico, entre la blanca y purísima azucena, ó ya entre las simples hojas y enramadas de los árboles, que procuran con su apacible murmullo amenizar los encantos de la primavera; así os quiero presentar la idea más pura de lo bello; así os quiero presentar el retrato más puro y delicado de la luz del cielo que espere sus primores sobre la tierra; así os quiero presentar á la hermosa Elena.

No era mujer.  
Era un ángel creado por el Todopoderoso, como creó la flor, como creó la luz.

### II.

En uno de esos callejones sucios y feos, vergüenza de las poblaciones más ilustradas de la vieja Europa, existia una casa pequeña y de un solo piso, que formaba un bello contraste entre todas las demás por la blancura y limpieza de sus paredes.

Parecia una estrella pura y brillante, queriendo resaltar en el ocaso entre una multitud de nubes rojas ó negras que nunca pudieron cubrir con sus vapores su brillo y su color.

Y, así resaltaba la casa de mi Elena, porque allí moraba la mujer de quien os hablo.

Veíanse cubiertos sus balcones de espesas enredaderas, cual un velo de flores destinado, sin duda, para cubrir el candor y la belleza que su alma encerraba en tan modesta vivienda.

Sus detalles más insignificantes, sus pasillos sus puertas, su escalera, parecia, á juzgar por su limpieza y la apacible dulzura que en ella se observaba, la entrada del cielo ó de la hermosa vivienda de un ángel del Señor.

Allí existia mi Elena, sin ambiciones, sin deseos, sin mas familia que su madre, sin mas amigos que yo.

Voy á descubriros la.  
Elena era alta, de bella presencia, y de una hermosura imponente; al mismo tiempo que su mirada solo podia ofrecer encantos y dulzura.

Sus ojos grandes, negros y rasgados, encerraban en sus órbitas una hermosa expresion de dulce melancolia.

Su nariz era afilada y graciosa.

Su boca pequeña y adornada por dos labios de tinte rosado; más bien que boca parecia esa pequeña abertura que forma la rosa al entreabrir su capullo.

Su rostro era celestial, de nítida blancura; y caían sus blondos cabellos con linda sencillez sobre sus hombros torneados.

Vestia casi siempre una bata finísima de lana, que bien permitia descubrir sus formas deliciosas y un cuerpo ligero y flexible como la palma.

Y completaba su traje un zapatito escotado que oprimia dulcemente su pié gracioso y delicado.

Y á todas estas bellezas podeis reunir su expresion angelical, su carácter sencillo, su visible candor.

Su pobre madre era una hermosa anciana que ponía grave cuidado en el pensamiento de su hija. Se acercaba á la tumba con suma rapidez.

Así ella lo comprendia; pero sufría en silencio, porque su pobre hija no vertiese una lágrima tan solo.

Yo era un sér aislado, pobre en afecciones y con un corazón rico en sensibilidad.

(Se continuará)

PL-VIII